EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIII — DECANO DE LA PRENSA LOCAL — Núm. 9574

PRECIOS DE SUSCRIPCION:
En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24
SÁBADO 30 DE SEPTIEMBRE DE 1893.

CONDICIONES:
El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

Para los agricultores.

Prensas de palancas múltiples para vino.—**Tijeras** para vendimiar.—Id. para podar.—**Máquinas** para desgranar panizo.—Id. para taponar botellas.—Id. para limpiar id.—Id. para picar y embutir carnes.—**Norias** de acero.—**Azadas**, legones y rastros de id.—**Ingertaderes**.—**Filtros** para vinos y licores.—**Agotaderes** para botellas.—**Cepillos**, cadenas, lespiches, etc. para bocoyes.—**Bombas** de trasiego y otras.—**Armarios** especiales para botellas.—**Cestas** idem para idem.—**Aradas** de vertedera fija y movible.—**Embudos** automáticos.—**Mobiliario** para jardines.—**Carretillas** para sacos.—**Espino** artificial para cercas.—**Jarrones**, macetas, balaustres etc.—**Básculas** sin numeración.—**Vía estrecha** para trasportar frutas.—**Wagonetas**, plataformas, etc.

De venta en el MUSEO COMERCIAL.—Puerta de Murcia.

PIDANSE CATÁLOGOS Y DIBUJOS.

¡CENTINELA ALERTA!

COLABORACION INEDITA.

El pobre quinto salió de la hacienda medio llorando con desconsuelo y sintiendo como si le arrancasen el alma, el alejarse de aquellos lugares tan queridos que no había abandonado en solo día desde que nació.

Para él no había otro mundo que aquel, reducido al estrecho límite de las tierras que labraba con su padre, y extendido cuando más hasta el pueblo próximo, al que iba una ó dos veces al año, en tiempos de cosecha, para transportar el grano.

Desde que llegó al cuartel hizo el recluta esfuerzos inauditos por dominarse y olvidar todo aquello que se le venía á la mente, pero en vano lo intentaba, que cada vez con más fijeza miraba impresó en su imaginación, el recuerdo de sus padres ancianos, el de sus hermanas mocitas, el de la dulce prenda de su alma, linda como un sol, su prometida esposa y todo en fin cuanto desde el día en que nació constituyó la alegría de su vida pasada.

Indiferente ante el rapa, no precisamente al cero, sino pensar en dada alguna [illegible] pero ¡temerario empeño! ¡Tan difícilmente se borran de [illegible] algunas impresiones!

Grande pudo ser pudo ser otro, fue su martirio, durante el tiempo de su enseñanza militar; los giros, variaciones y todo aquel maremagnum de movimientos complicados, no entraba en su cabeza y si por suerte agraciado como nuestro hombre, no tardaba en olvidar el anterior.

A fuerza de constancia y paciencia, imitando á sus compañeros y poniendo extremado cuidado en fin, pudo aprender, después de haber figurado lastimosamente en el pelotón de los torpes.

En unión de sus colegas, fue dado de alta para el desempeño de sus deberes; de manos del sargento primero de la compañía, recibió un día el completo de su armamento, correage y equipo y sin saber por qué, al entregarse de aquellos efectos, frío sudor recorrió todo su cuerpo y casi se sintió morir ¿para qué podía servirle todo aquello á él que era incapaz de matar un mosquito?...

Desempeñó fielmente su cargo de centinela, en la primera guardia que hizo en su cuartel; le tocó su turno para hacer idéntico servicio de plaza y destinado á formar parte de la guardia que había de custodiar el castillo de...

Pasó el día sin novedad para el muchacho en la fortaleza, pero en la noche ¡malos ratos le esperaban!

Llegó el instante de hacer su cuarto de centinela nocturno, y entre dormido y mal despierto, acudió á la voz de su cabo, tomando su fusil como un autómata y disponiéndose á relevar al centinela del más avanzado baluarte.

No parecía sino que hasta el mismo firmamento quería contribuir á aumentar su martirio. Aquella noche, era noche de perros; el cielo cubierto de nubes negruzcas que amenazaban caer imponentes y el viento huracanado soplando con vigoroso ímpetu, parecían congregados para atormentarle más.

—¡Mucho ojo y cuidadito con el sueño! ¿Estamos? Le dijo el cabo al darle la consigna y alejarse de allí.

¡Sueño! ¡cualquiera era capaz de dormirse en aquel endiablado sitio!

Miró el centinela, alargando su vista temerosa hasta el horizonte, que envuelto entre las oscuras sombras de la noche se perdía en el infinito y percibió en su oído el espantoso rugir de las olas, que bramando de coraje, revolviéndose unas contra otras, llegaban hasta el pié de la muralla, para estrellarse en las rocas arrojando espuma, entre las que fosforescentes destellos dejábanse admirar.

Soplaba el viento furioso, flagelando el rostro del soldado, y allá en lo alto, las nubes siempre negruzcas y espesas, parecían prontas á desplomarse sobre el mundo.

Colándose por las aspilleras de la garita de piedra, silbaba el aire, arremolinándose al entrar y el centinela, tembloroso y extremecido á fuerza de temor, oraba mentalmente, inconsciente de ello é impulsado por su propio pavor.

Amedrentado cerró los ojos y como á modo de aureola que iluminó su cerebro, miró en su mente la casita aquella tan alegre de la campiña; el hogar, al rededor del cual las mujeres, rezando, á la par que hilaban, rogaban por el ausente; creyó hasta escuchar el murmullo del rezo; le pareció oir un suspiro escapado de amante pecho; ver una lágrima que volaba por la rugosa megilla de la anciana; todo lo oyó, todo lo vió, sin acordarse del presente, ni de sus tormentos, ni de la consigna, ni de nada, feliz en el ensueño aquel tan delicioso, cuando el viento, silbando á su oído, sacándole de su abstracción y volviéndole á la triste realidad, le hizo exhalar amarga queja y arrancando las palabras de su garganta, más bien que pronunciando acordes frases, contestó á una voz que oyó en los aires, gritando nerviosamente:

—¡Alerta centinela!

DIONISIO MORQUECHO.

PELOTARIZACION

(COLABORACION INEDITA)

¡Gran partido! ¡A cincuenta tantos! Entre el Chiquito y el Mayorcito, contra el *Manco* y el *Cojo*.

No se lee, no se oye, no se piensa más que en pelotari.

Los infelices que suponían que era el pelotarismo una *chifladura* pasagera, se equivocaban. Hay juego para rato. Así como varios autores, más ó menos *guitlates*, han escrito el lenguaje de las flores y el de los animales y plantas, explicando el vocabulario de cada cual de los reinos y de las especies, así saldrá cualquier cronista, el día menos pensado, interpretando y divulgando el idioma de las pelotas á cesta.

La *concha* concluyó con el *redondel*, lenta pero continuamente.

Las pelotas se imponen en nuestros días.

La civilización y el progreso vienen por ellas, aunque parezca una barbaridad impropia del fin de siglo. Por ellas se consigue, lo mismo la mano de una rica heredera que una credencial en Hacienda ó en Ultramarinos.

Un pelotari es á nuestra constitución social, lo que fue un matadme de toros á la Edad del cuerno.

Entre *Muchacho*, por ejemplo, y algún senador vitalicio, ejerce mayor influencia *Muchacho*.

Entre Pedros, supongamos, y Perico Larausse, han difundido la cultura en los ingenios más pobres é ignorantes. Ya hablan de cátedra, aun los que nunca asistieron á ella.

Y quien dice «cátedra» á la catedral y por Civita Vecha, «Chivitar Vechia.»

No se entiende por «partidos,» más que los de pelota.

Cualquier caballero tímido á quien suelten una bofetada y no se sienta pelotari para acudir al terreno, puede disimular diciendo que le han dado una «bola» y aún excitará la emulación de algunos aficionados.

De un hombre modesto se dice que es «Modesto de Pamplona.»

En varias oficinas del Estado hay partidos, en las horas de reloj. Y cuando un jefe encarga á cualquier escribiente contagiado de pelotarismo:

—Ahí tiene usted ese oficio; «saque» unas copias.

El escribiente pregunta enseguida:

—¿De qué cuadro saco?

Un joven se presenta en casa de los padres de su novia.

—Vengo á pedir á Ud. la mano de Elvirita á cincuenta tantos—dice al papá—es decir, á cincuenta días fecha.

—Y el padre de la «agredida» responde:

—Caballerito, mi hija es rica, y usted? Por que yo no doy *monis*.

No hace muchos días llevó á bautizar un niño, su autor en persona.

—¿Qué nombre le ponemos?—preguntó el cura.

Y el padre de la criatura respondió:

—¡Ja! ¡Ala! de Irún, Beitai y Tendilero.

En las casas bien organizadas nunca faltan pelotas. Las familias juegan en los ratos de ocio, lo mismo los señores que los criados.

En varias dependencias oficiales hay pelotaris latentes.

Un forastero que vino á Madrid, para enterarse del paradero de un expediente, no digamos incoado, sino encarpetado en un ministerio, hace algunos años, al asomar en la portería, abriendo la mampara y metiendo la cabeza con timidez, sintió un pelotazo en la nariz que le cortó el habla.

—¡Toma! ¡toma!—dijo para consolar al triste uno de los pelotaris ó sea uno de los porteros,—así aprenderá usted á pedir permiso y no colarse de monos en estos establecimientos.

A lo que respondió el infeliz, mientras procuraba contener la hemorragia, aplicándose el pañuelo á la nariz:

—Perdone usted, señor Chiquito de Eibar, que no reincidiré en mi vida.

Los niños, que, á domicilio y en el paseo jugaban al toro, hoy son pelotaris de afición, Sarasuas precoces.

No se oye hablar más que de frontones y de momios en las horas que deja libres el ministro de Hacienda.

Es decir, en los «entregamazos.»

En casa, pared por medio, en los paseos públicos, en las calles, no se oye más que el ruído seco de los pelotazos; y no se vé más que carteles y avisos en las fachadas de varias casas con estas palabras:

«No se permite jugar á la pelota.»

Propietarios retrógados que se oponen al espíritu de fin de siglo.

¡Prohibir el noble ejercicio de las pelotas, en sus dominios, cuando el pueblo de Madrid le considera como su espectáculo favorito y no falta más sino que la *Gaceta* le declare oficial!

Pero los chicos y aun los mayores aficionados, menospreciando las advertencias de los caseros y las borran á pelotazo limpio.

Justo castigo á su perversidad.

¡Oponerse al desarrollo de tan útil invento!

¡Contrariar los impulsos de una generación de pelotas!

¡Abusar de la propiedad!

Pero los grandes ideales se imponen y triunfan de obstáculos y egoismos.

El porvenir es de los frontones y de los pelotaris.

La fiesta nacional como denominamos á las corridas de toros, concluye por consunción.

Los toreros, hasta ahora personajes influyentes por derecho propio, se verán obligados á optar por direcciones generales, subsecretarías, gobiernos cerriles ó civiles, alcaldías de barrio ó comisiones de apremio, con arreglo á su categoría en el «arte de Padilla, Bravo y Maldonado,» como decía uno de la clase.

Hasta los toros huyen avergonzados á ocultar sus cuernos en «la vecina república.»

La victoria es del pelotarismo.

He visto ya algunos figurines para invierno del gusto pelotari; que es el gusto moderno.

Andaremos todos en cesta.

Eduardo de Palacio.

23 de septiembre 93.

(Prohibida la reproducción.)

VARIEDADES

CHARADA

La *primera*, *cuarta* y *quinta*
título es de noble dama,
que, al ser esposa de un rey,
también fue reina de España.
Es la *tercera* y la *sexta*
frase que dos adversarios
antes de la lucha emplean,
y sostén de campanario
es la *sexta* con *tercera*.
Letra vocal *es segunda*,
como también la *primera*,
y varias ovejas juntas
forman la *prima* y la *sexta*.
Torero de justa fama
es la *sexta* tras la *quinta*,
y cual *quinta* con la *sexta*,
nadie *sexta*, *tercia* y *prima*.
Y el *todo*, si es que lo aciertas,
dejando de ser bolonio
te convencerás, de fijo,
que tiene razón quien dijo
que es invención del demonio.

Fausto Chinchilla.

GEROGLIFICO

SECRETO

ROMBO

. . .
. . . .
. . . . .
. . . .
. . .

Sustituir los puntos por letras de modo que pueda leerse vertical y horizontalmente:

1.° Consonante.
2.° Infinitivo.
3.° Adjetivo.
4.° Escritor francés.
5.° Raza.
6.° Composición en verso.
7.° Nacer.

Soluciones al número anterior

A la charada: *Caridad*.
Al geroglífico: *Antes que te cuela cuenta tus alientos*.
A la fuga de consonantes:

Cuando te ocurra la idea
de que te puedo olvidar
piensa si olvidarme puedes
si de mí te apartarás.

TIJERETAZOS

Así comienza *El Imparcial* su artículo de fondo:

«¡Recio temporal es el que corre hoy nuestra pobre nación!»

Y tan recio.

Entre motines, cólera y atentados por la dinamita vamos á quedar huecos.

Hechos gigote.

—

El jefe de los bandoleros que merodean por Andalucía y alivian del peso de los cuartos á los viajeros, lleva por nombre de guerra *Choricito*.

¡Buen comestible!

Para producir indigestiones.

—

Aún hay quien dice que lo que hay en Bilbao no es cólera.

Bueno, lo mismo dá.

Pero como la gente se muere como si fuera del cólera y la enfermedad es contagiosa, los resultados son los mismos.

Por consiguiente, sigan las precauciones y dejémonos de nombres.

Dice *Las Provincias* de Levante en blando de la desgracia del Sr. Sagasta:

«Desde luego, que la salud del señor Sagasta, influye mucho sobre la política nacional.»

El contribuyente, ya habrá supuesto que cierta crisis que el mismo se apresura á declarar en el Consejo de ministros, hasta el total restablecimiento del Sr. Sagasta.

Las Provincias usa perfectamente aquel refrán que dice:

«Buena madre [illegible]»